

GUERRA DE ASEDIO Y EXPUGNACIÓN CASTRAL
EN LA FRONTERA CON GRANADA.
EL REINADO DE ALFONSO XI DE CASTILLA
COMO PARADIGMA [1325-1350]*

por Manuel Rojas Gabriel **

I.-Al igual que prácticamente todos los conflictos de los siglos medios, desde un punto de vista estrictamente militar, la denominada “Batalla del Estrecho” se resolvió fundamentalmente gracias a una serie de arduas y complejas campañas de cerco y de expugnaciones castrales destinadas a conquistar o recuperar ciudades, villas y castillos¹. Evidentemente, y como siempre, hubo otras formas de actividad bélica. Pero tales procedimientos no venían a ser sino un complemento más o menos importante de lo que, a fin de cuentas, era el objetivo principal de la guerra medieval: la captura de los puntos fuertes del enemigo, pues únicamente éstos proporcionaban un verdadero avance territorial². Las cabalgadas, fuesen grandes o puntuales,

* El presente trabajo forma parte del Proyecto de Investigación de la Dirección General de Enseñanza Superior del Ministerio de Educación y Cultura titulado *Guerra y frontera en la Edad Media peninsular* [Ref. PB96-1513].

** Universidad de Extremadura.

¹ Antes de seguir una breve advertencia. Cualquier término de arquitectura militar que se emplee aquí se hará de acuerdo con el muy útil repertorio de voces que sobre esta cuestión ha realizado MORA-FIGUEROA, L. de: *Glosario de arquitectura defensiva medieval*. Cádiz, 1994 y 1996, 2ª ed.

² SMAIL, R. C.: *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge, 1956, p. 25. refleja adecuadamente esta idea:

“Effective and durable lordships over a district depended on possession of the walled towns and castles which lay within it. An invader could control an area while he occupied it with a army; but if he took no strong place then his control ended with the withdrawal of his forces. The primary objective of an invader who came to annex territory was to take its

profundas o fugaces, fecundas o infructuosas, podían ser un medio de inquietar, depredar y debilitar al adversario en un mundo donde la práctica totalidad de las actividades económicas estaban de alguna manera relacionadas directamente con una base agraria pero, también, por mucho que las entradas y correrías consiguiesen desgastar al contrario, no podían conseguir alcanzar por sí mismas un neto dominio de la tierra rival. La labor prioritaria de esta “guerra guerreada”, tal como la reconocían las fuentes coevas, era provocar una suerte de efecto acumulativo, un hosco rastro de destrucciones, saqueos, muertes, cautiverios e inseguridades ubicuas que, por su reiteración sumada, perseguían como fin a corto, medio o largo plazo el conseguir agotar al enemigo, preparar adecuadamente el campo de acción para lo que era la operación última y definitiva que no era otra que la toma de fortalezas, bien mediante escalos deliberados, bien mediante asedios y bloqueos en toda regla. Por su parte, los choques en campo abierto podían delimitar y hacer menguar, al menos teóricamente, la correlación de fuerzas de las partes implicadas en la batalla, el número de efectivos con los que se podía contar en un momento determinado pero, como a estas alturas es prácticamente un axioma, las lides campales no sólo eran episodios raros, esporádicos y que, además, se intentaban evitar a toda costa entre los beligerantes a causa de los graves riesgos que entrañaban sino que, normalmente, resultaban no ser lo suficientemente decisivas y resolutivas como para hacer inclinar por sí mismas, hacia un lado u otro de la balanza, el destino de una contienda³. De hecho, dentro del marco cronológico al que dedico estas páginas, los dos únicos choques armados que pueden ser denominados como batallas fueron provocados precisamente por la intervención intempestiva de huestes de socorro con vistas a que el contrario se viese en la obligación de levantar sendos sitios: la casi mítica victoria castellano-portuguesa en el Salado, a fines de octubre de 1340, y que produjo el inmediato desplome del duro asedio con el que los musulmanes estaban estrangulando a Tarifa, la entonces única y vital plaza de Castilla en el Estrecho, y río Palmones, en diciembre

fortified points. It was not then, as now, to destroy or to paralyse the enemy forces in order that he might impose his will in all things on the ruler whose lands he was attacking”.

³ Reflexiones sobre esta cuestión para el caso peninsular. con sobrada bibliografía sobre el tema, en GARCÍA FITZ, F.: “La Batalla en su contexto estratégico. A propósito de Alarcos” en *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*. ed. por R. Izquierdo Benito y F. Ruiz Gómez. Cuenca, 1996, pp. 267-282 y, sobre todo, del mismo autor, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*. Sevilla, 1998, cap. III, p. 280 y ss.

de 1343, una seria derrota granadino-benimerín que decidió finalmente la suerte de la sitiada Algeciras, una ciudad que quedaba así completamente aislada de cualquier esperanza de una futura ayuda exterior. Como señala Christopher Marshall con razón:

“Both –cabalgadas y batallas campales- allowed the possibility of recovery, a process which normally rely heavily on the protection which the strongpoints were able to provide. If, on the other hand, the strongpoints themselves had succumbed to enemy pressure, then the recovery process was made, at best, considerably more difficult”⁴.

Así las cosas, con los enclaves fortificados en su multiplicidad de formas, tamaños y funcionalidades bélicas dominando cualquier escenario de la guerra⁵, para nada debe extrañar que los asedios desempeñasen un papel de importancia fundamental en la historia militar de la época⁶. De hecho, como indica John France, las

⁴ *Warfare in the Latin East, 1192-1291*, Cambridge, 1992, p. 210. Por su parte, FINÓ, J. F.: “Quelques Aspects de l’Art Militaire sous Philippe Auguste” en *Gladius*. VI (1967), pp. 21-22, indica: “Si bien les guerres d’alors consistent en raids suivis de quelques engagements en rase campagne où la cavalerie lourde joue un rôle décisif, ces actions préliminaires aboutissent normalement à l’attaque ou à la défense d’une place, la possession de celle-ci étant l’enjeu du conflit”. Opiniones similares, en por ejemplo, CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*, Madrid, 1984, pp. 274 y 286, o en GAIER, Cl.: *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Age*, Bruselas, 1968, pp. 79 y 216.

⁵ Como señala STRICKLAND, M.: *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge, 1996, p. 205, “castles (...), were the pivotal points of war and the ultimate strategic objective of the majority of campaigns”. Para el caso concreto de la frontera con Granada, véase ROJAS GABRIEL, M.: “Funcionalidad bélica de las fortificaciones castellanas en la frontera occidental con Granada [c. 1350-c. 1481]” en *La Fortaleza Medieval: Realidad y Símbolo*, ed. por J. A. Barrio Barrio y J. V. Cabezuolo Pliego, Alicante, 1998, pp. 47-74.

⁶ BRADBURY, J.: *The Medieval Siege*, Woodbridge, 1992, comenta que “The reality was that warfare consisted of perhaps one per cent battles and ninety-nine per cent sieges. One does not wish to suggest that battles were unimportant (...), but in terms of sheer numbers sieges dominated”. PRESTWICH, M.: *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*, New Haven y Londres, 1996, p. 281, aún es más rotundo: “Sieges dominated medieval warfare in a way that battles never did”. Véase, también sobre la guerra de asedios, ROGERS, R.: *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Cambridge, 1992 y WARNER, P.: *Sieges of the Middle Ages*, Londres, 1968. Para el caso peninsular, GARCÍA FITZ, F.: *Ob. cit.*, cap. II, p. 171 y ss., y “Tecnología militar y guerra de asedios. La experiencia castellano-leonesa, siglos XI al XIII” en *Papers of the ‘Medieval Europe Brugge 1997’ Conference*, vol. 11: *Military Studies in Medieval Europe*, ed. por G. De Boe & F. Verhaeghe, Zellik, 1997, pp. 33-41.

contendias y campañas giraban, de una u otra manera, en torno a la posesión de los puntos fuertes y, en consecuencia, la inmensa mayoría de las actividades bélicas que se emprendían estaban directa o indirectamente relacionadas con su posesión, una situación que provocaba que “*it was a warfare of position*”⁷.

Pero es que, además, y de manera sintética, hasta el advenimiento progresivamente eficaz de la pirobalística a lo largo de la segunda mitad del siglo XIV, la combinación de los tres principales elementos arquitectónicos defensivos –la muralla, la torre y el foso-, más la suma contingente y en diferente grado de perfeccionamiento de otros dispositivos de protección, tiro y almacenamiento, resultó ser una solución de barrera tan eficaz que provocó que la expugnación deliberada de una fortaleza se convirtiese en una operación de guerra, cuando menos, teóricamente difícil y, en la mayoría de las ocasiones, de una práctica compleja, tornando en incuestionable el principio de que la defensa era notablemente superior al ataque⁸.

De esta manera, si la pretensión estratégica que se perseguía era la anexión de nuevas parcelas territoriales, lo que surgía de inmediato era un neto problema entre el fin al que se aspiraba y los medios militares y técnicos con los que se podía contar, produciéndose inexorablemente un seco engarrotamiento dialéctico entre la necesidad última de conquistar los reductos castrales que se levantaban en el área que iba a soportar la ofensiva y la palpable superioridad que éstos desplegaban para defenderse con probabilidades de éxito frente a un ataque directo. Desde una perspectiva exclusivamente bélica, esta situación es razón sobrada para explicar por qué normalmente la mayoría de las campañas expugnatorias estaban destinadas a la toma de enclaves menores y no tenían como meta forzar una plaza importante, una ciudad o una gran villa, recintos éstos que, como se comprobará en las páginas que siguen, únicamente podían ser ganados mediante la combinación

⁷ Victory in the East. A military history of the First Crusade. Cambridge, 1994. pp. 26-27.

⁸ Esta tesis ya fue planteada por OMAN, C. W. C.: *The Art of War in the Middle Ages, a. d. 378-1515*, reed. de J. H. Beeler, Nueva York, 1953, pp. 67-71, con respecto a la de Londres de 1884 y, con posterioridad, vuelta a desarrollar por el mismo autor en *A History of the Art of War in the Middle Ages*. Londres, reed. 1991, vol. 2. pp. 52-54, con respecto a la de Londres de 1924. Al igual que el historiador británico, otros especialistas posteriores, actualmente considerados como clásicos del tema, han llegado a una conclusión semejante. Así, por ejemplo, VERBRUGGEN, J. F.: *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages. From the Eighth Century to 1340*. Woodbridge, 1997, 2ª ed., p. 320, comenta: “*Fortifications of every kind played an important part in the warfare of the time, and they largely explain why medieval defensive strategy was so much stronger than the offensive*”.

objetiva de diversos factores favorables que tenía que generar el sitiador antes y durante el asedio.

Así, y de acuerdo con las directrices que hasta aquí he venido pincelando de manera tan sumamente escueta y esquemática, mi intención principal en este breve ensayo que presento es bien sencilla: analizar globalmente la relevante dinámica de operaciones y maniobras de sitio emprendidas por Alfonso XI de Castilla contra las fortificaciones en manos musulmanas en la frontera con el emirato de Granada. Y a ello me mueven tres razones que considero de peso. En primer lugar, que la forma tradicional con que la historiografía ha venido estudiando las actividades bélicas del monarca castellano, si se me permite, diría que ha sido *à la Clausewitz*, es decir, haciendo destacar a la gran victoria en campo abierto sobre una inquietante coalición granadino-benimerín que fue la batalla de El Salado a fines de octubre de 1340, como el episodio militar más importante y descollante de cuantos hubo en las contiendas alfonsinas contra moros, hasta el punto de que normalmente se ha considerado que esta severa derrota sufrida por norteafricanos y nazaríes fue el hito trascendental, el lance crucial que brindó a las armas de Castilla el triunfo definitivo en la larga pugna que, desde decenios atrás, estaba entablada por el control del Estrecho⁹ y, olvidándose en exceso, que esa lid estuvo provocada, y ya lo he apuntado antes, por la necesidad imperante de organizar un socorro inexcusable para levantar el agrio cerco que estaba soportando la plaza clave de Tarifa y que, además, no tuvo mayores consecuencias bélicas inmediatas que el lógico desplome del asedio sobre esa villa y la súbita retirada al Norte de África de las fuerzas marroquíes y, por lo tanto, la vuelta a una

⁹ Hay abundante bibliografía sobre el Salado. Véase, por ejemplo, HUICI MIRANDA, A.: *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (Almorávides, Almohades y Benimerines)*, Madrid, 1956, pp. 342-387; GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: *Andalucía: guerra y frontera, 1312-1350*, Sevilla, 1990, pp. 68-74; MANZANO RODRÍGUEZ, M. A.: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Madrid, 1992, pp. 254-266; PÉREZ DE CASTRO, M.: "Estudios histórico-militares. La Batalla del Salado" en *Revista de España*, 25 (1872), pp. 552-565; AMADOR DE LOS RÍOS, R.: "La Bandera del Salado" en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 21 (1882), pp. 463-471; CATALÁN MENÉNDEZ-PIDAL, D.: "La oración de Alfonso XI en el Salado" en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 131 (1952), pp. 247-266; DUALDE SERRANO, M.: *Solidaridad espiritual de Valencia con las victorias cristianas del Salado y Algeciras*, Valencia, 1950; RICARD, R.: "La relation portugaise de la bataille du Salado (1340)" en *Hespéris*, 43 (1956), pp. 7-27; CUARTERO LARREA, M.: "El Salado" en *Ejército*, 13 (1941), pp. 33-42; SEVILLANO-COLOM, F.: "Un decenni crucial en la reconquesta (1330-1340)" en *Estudis d'història medieval*, 3 (1970), pp. 53-74; SECO DE LUCENA PAREDES, L.: "La fecha de la Batalla del Salado" en *Al-Andalus*, XIX (1954), pp. 228-231.

situación estratégica casi exacta a la que había con anterioridad al desembarco del sultán Abū l-Ḥasan en septiembre de 1340, resultados que, desde luego, no eran pocos ni desdeñables pero que demuestran, una vez más, que el rostro de la guerra gravitaba en torno al dominio y posesión de los puntos fuertes¹⁰.

En segundo lugar, que aunque no deja de ser evidente que actualmente se posea un sólido estado de conocimientos acerca de gran número de cuestiones de carácter militar cinceladas, organizadas y emprendidas por Alfonso XI con vistas a hacer la guerra contra los musulmanes y que, igualmente, se sabe prácticamente todo acerca de cuáles fueron las principales líneas de su actuación bélica y política en lo que se refiere al ritmo de las hostilidades y de los tratados de tregua gracias a la dedicación sustantiva que tales acontecimientos han recibido por parte de la medievalística, hasta el momento, y salvo para el episodio singular del cerco y rendición de Algeciras¹¹, no se ha

¹⁰ Circunstancias que, evidentemente, no impidieron que los contemporáneos a los hechos singularizasen en El Salado como un lance especial, adjetivizándola de santa y virtuosa "et de mayor miraglo, et de mas de loar" que las Navas de Tolosa, nada menos que su precedente cercano más inmediato. Véase, *Crónica de Alfonso el Onceno*, ed. de Cayetano Rosell, "B. A. E.", vol. LXVI, Madrid, 1953, cap. CCLII, pp. 328-329 [en adelante C. A. O.], y *Gran Crónica de Alfonso XI*, ed. de D. Catalán, Madrid, 1976, vol. II, cap. CCCXXXI, pp. 439-441 [en adelante G. C. A. XI]. Y era lógico que fuese así, tal como indica GUENÉE, B.: *Historia et culture historique dans l'Occident Médiéval*, París, 1980, p. 23. Por su parte, GARCÍA FITZ, F.: *Ob. cit.*, p. 281, explica: "Sin duda una victoria campal era un acontecimiento central en la vida de un reino o de un líder militar, tanto desde la perspectiva de los historiadores como desde la de los poetas" pero, y aunque es un poco largo vale reproducirlo [p. 290]:

"Normalmente la batalla se presentaba como consecuencia del desarrollo de las otras actuaciones bélicas ya citadas [cabalgadas y asedios], casi nunca como una actuación prioritariamente buscada. Constituyendo el elemento central de una estrategia de confrontación directa, ajena a las concepciones militares de la Edad Media, se manifestaba habitualmente como una situación sobrevenida, inevitable, pero no consustancial a los proyectos conquistadores. Si el objetivo fundamental de los líderes políticos cristianos peninsulares de la Plena Edad Media era la ampliación del territorio dominado a costa de sus vecinos musulmanes, cualquiera que fuera el ropaje con el que se revistiera esta pretensión, el planteamiento estratégico global debía pasar, necesariamente, por el control directo del espacio, lo que se traducía en el dominio de los puntos fortificados, ya fuera mediante la transacción política, ya mediante el uso sistemático de la fuerza, empleada esta última directamente en acciones de conquista - cercos- o en acciones de desgaste -cabalgadas-, ya mediante una combinación de estos tres factores".

¹¹ Sobre todo gracias a la minuciosas páginas que le ha dedicado A. Torremocha Silva en su *Algeciras entre la Cristiandad y el Islam. Estudios sobre el cerco y conquista de Algeciras por el rey Alfonso XI de Castilla, así como de la ciudad y sus términos hasta el final de la Edad Media*, Algeciras, 1994 y, del mismo

prestado una suficiente atención analítica de conjunto a lo que, en realidad y a fin de cuentas, fue el verdadero nervio de la actividad militar alfonsina en la frontera con Granada que, como en el caso de otros líderes guerreros medievales, no fue otro que una ardua, lenta y tenaz labor estratégica de dominio del espacio mediante el desarrollo de una serie de operaciones expugnatorias destinadas a la conquista de puntos fuertes del enemigo de acuerdo con los parámetros castrenses que dictaminaba una neta guerra de posición. De hecho, y creo que muy significativamente, no debe soslayarse que la primera empresa bélica en la que actuó el joven rey después de acceder a su mayoría de edad en 1325 fue la toma de los enclaves de Olvera, Pruna, Ayamonte y Torre Alháquime y que, precisamente, el monarca falleció de peste durante la que fue su segunda intentona para forzar Gibraltar en 1350, una villa que, destaca la cronística, “*era la mayor manciella que el Rey Don Alfonso tenia en su corazon, porque en su tiempo se perdiera*”¹².

Finalmente, que tanto desde el punto de vista de las tácticas expugnatorias diseñadas y aplicadas en las operaciones de asedio como del nivel tecnológico de la ingeniería y de la tormentaria de sitio, el reinado de Alfonso XI no es sólo un ejemplo paradigmático del enervante esfuerzo y del agotador trabajo que significaba conquistar un reducto por acción directa en los siglos medios sino, también, la última expresión, el último gran capítulo de la dialéctica militar entre ataque y defensa en la pugna secular entablada contra el Islam en suelo peninsular, justo en el umbral del inmediato alumbramiento de la pirobalística. En efecto, cuando más de cincuenta años después de las extenuantes labores de expugnación perpetradas por el monarca castellano retorne a la frontera con Granada un ambicioso tren de cerco, durante las dos campañas efectuadas por el regente don Fernando de Trastámara alboreando el siglo XV, aquel estaría marcado por la presencia emergente de la nueva y progresivamente más eficaz artillería de pólvora, un arma que no tardaría mucho en cambiar radicalmente la geometría de la guerra¹³.

autor. “La técnica militar aplicada al cerco y defensa de ciudades a mediados del siglo XIV (Un estudio de los capítulos CCLXII a CCCXXXVII de la Crónica de Alfonso XI que tratan sobre el cerco y conquista de Algeciras, 1342-1344)” en *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, VII-VIII (1987-1988), pp. 239-255.

¹² C. A. O., cap. CCCXXXVIII, p. 391.

¹³ Sobre el tema de la introducción de la pirobalística en los trenes de asedio castellanos en la frontera granadina, véase ROJAS GABRIEL, M.: “Nuevas técnicas, ¿viejas ideas? Revolución Militar, pirobalística y operaciones de expugnación castral castellanas en las guerras contra Granada [c. 1325-c. 1410]” *Meridies*, 4 [en prensa].

II.-A fin de cuentas, y con casi independencia de la escala y magnitud del objetivo, cualquier operación de carácter expugnatorio era una sorda carrera contra el tiempo. Como la práctica se encargó de demostrar a lo largo de siglos, todo se podía convertir en una serie combinada de problemas de difícil solución, desde los derivados de la propia composición orgánica de las huestes hasta los logísticos, pasando por los financieros o por los climatológicos, cuando una fuerza de ataque pretendía rendir un núcleo fortificado por una acción directa. Y, desde luego, y como se encargaron de resaltar algunos testimonios de la época¹⁴, una de las claves que colaboraban a establecer este conjunto de circunstancias restrictivas era precisamente la endeble eficacia que normalmente tenía la tormentaria de sitio en la cruda brega que provocaba cualquier asedio porque, por desgracia para quien atacaba, y parafraseando al profesor Reginald Allen Brown, ninguna fortaleza podía conquistarse mediante una carga de caballería¹⁵.

En efecto, a pesar de que la artillería neurobalística era considerada en su tiempo “*como una especie de proeza tecnológica*” en palabras de Philippe Contamine¹⁶, una circunstancia ésta que

¹⁴ Por entresacar un tratadista veterano en lances de guerra y contemporáneo a los acontecimientos a los que dedico estas páginas, véase Don JUAN MANUEL: *El Conde Lucanor*. en “Obras Completas”. ed. J. M. Blecua, Madrid, 1983, vol. II, Ejemplo XII, pp. 109-111.

¹⁵ *English Castles*, Londres, 1976, 3ª ed., p. 174.

¹⁶ *Ob. cit.*, p. 247. Tanto por extensión como por intención, sería demasiado prolijo abordar, incluso muy escuetamente, el estudio de la tormentaria medieval. Al respecto, puede verse, entre otros, CANESTRINI, G.: *Arte militare meccanica medievale*, Milán, 1946; DE POERCK, G.: “L’artillerie à ressort médiévale. Notes lexicologiques et étymologiques” en *Bulletin du Cange*, 18 (1943-1944), pp. 35-49; BERTHELOT, M.: “Histoire des machines de guerre et des arts mécaniques au Moyen Age. Le livre d’un ingénieur militaire de la fin du XIVe siècle” en *Annales de Chimie et de Physique*, 7ª série, 19 (1900), pp. 289-420 y “Pour l’histoire de l’artillerie et des arts mécaniques vers la fin du Moyen Age” en *ibidem*, 6ª série, 24 (1891), pp. 433-521; SCHNEIDER, R.: *Die Artillerie des Mittelalters*, Berlín, 1910; BRADBURY, J.: *Ob. cit.*, pp. 241-281; DeVRIES, K.: *Medieval Military Technology*, Peterborough, 1992, pp. 127-142; ROGERS, R.: *Ob. cit.*, pp. 251-273; HILL, D. R.: “Trebuchets” en *Viator*, 4 (1973), pp. 99-116; FINÓ, J. F.: “Machines de jet médiévales” en *Gladius*, X (1972), pp. 25-43, y *Forteresses de la France médiévale. Construction-Attaque-Défense*, París, 1977, 3ª ed.; GILLMOR, T.: “The Introduction of the Traction Trebuchet into the Latin West” en *Viator*, 12 (1981), pp. 1-8; KING, D. J. C.: “The Trebuchet and other Siege-Engines” en *Châteaux-Gaillard*, IX-X (1982), pp. 457-470. No he tenido acceso al trabajo de CHEVEDDEN, P. E.: “The Artillery Revolution of the Middle Ages: The Impact of the Trebuchet on the Development of Fortifications”, cit. profusamente por DeVRIES, K.: *Ob. cit.* Sobre la Península Ibérica, y aparte de lo ya citado en otras notas, ALMIRANTE, J.: *Diccionario militar*, Madrid, 1869, 101 artículos sobre el tema; BRUNH DE HOFFMEYER, A.: *Arms &*

promovió que los maestros de ingenios se convirtiesen en personajes altamente considerados por sus contemporáneos¹⁷, había varias razones esenciales que coartaban y determinaban el nivel de eficacia que era capaz de desarrollar la tormentaria en los asedios. En primer lugar, esta sólo podía ser realmente efectiva cuando estaba próxima a las murallas que se pretendían expugnar y, si bien esto era más que obvio para la varia maquinaria de asalto y zapa, cuya misión fundamental era bregar en las inmediaciones de los paramentos, también era una condición válida para los engeños de tiro, que únicamente tenían un alcance óptimo que ha sido estimado entre los 85 y los 133 metros para los trabucos de tracción y de unos 300 metros para los de contrapeso¹⁸. Evidentemente, esta forzosa cercanía al enemigo era una constante fuente de problemas para los sitiadores, aunque posiblemente los más patentes eran que los cercados podían realizar salidas intempestivas por sorpresa destinadas a destruir las máquinas¹⁹, y que éstas, a su vez, podían ser igualmente castigadas y

Armour in Spain. II. From the End of the 12th Century to Beginnings of the 15th Century. Madrid, 1982, pp. 100-114; PASCUAL MARCOS, J. D.: *Ingeniería bélica y técnicas de expugnación castral en la cronística castellana de la baja Edad Media. La frontera de Granada como paradigma*. Cáceres, 1991 [Memoria de Licenciatura inédita]; MONREAL Y TEJADA, L. de: *Ingeniería militar en las crónicas catalanas*. Barcelona, 1971.

¹⁷ Tal fue el caso de Íñigo López de Orosco, “capitán mayor de los trabucos et engeños”, responsable de la fabricación de los cadahalsos y de las bastidas, y de las maniobras, movimientos y disparos de la tormentaria castellana durante el sitio de Algeciras entre 1342 y 1344; *C. A. O.*, cap. CCLXXVII, p. 351. El cargo de López de Orosco lo brinda ORTIZ DE ZUÑIGA, D.: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla*, Sevilla, 1988 [ed. facsímil de la de Madrid de 1795], Lib. V, p. 109. Por su parte, IBN JALDUN: *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l’Afrique septentrionale*, ed. y trad. del barón de Slane, París, reed. 1969, vol. IV, p. 235, comenta que Alfonso XI en ese asedio estaba “secundado por una multitud de ingenieros y obreros”. De hecho, los expertos en poliorcética parece ser que eran tan escasos que, en ocasiones, cuando la conquista de una plaza demandaba su oficio no se dudaba un momento en contratar a foráneos, como hizo Alfonso XI cuando empleó a genoveses para montar trabucos de contrapeso con destino a la campaña de Algeciras: “(...) el Rey mandó poner en el fonsario dos trabucos de los que avian fecho en Sevilla los Ginoveses, que es cada uno dellos de un pie, et tienen dos arcas, et son muy sotiles, et tiran mucho”; *C. A. O.*, cap. CCLXXVII, p. 351.

¹⁸ Aunque se ha discutido con cierta profusión qué alcance podía tener la artillería neurobalística y cuáles podían ser los pesos de sus proyectiles, y a este respecto puede consultarse algunos de los trabajos incluidos en la nota 15, parecen perfectamente adecuadas las cifras que al respecto ofrece DeVRIES, K.: *Ob. cit.*, pp. 133-134 y 137-138, respectivamente.

¹⁹ Así, por ejemplo, en el sitio de Teba en 1330, “los christianos hizieron vn castillo de madera, e llegaronlo çerca de la villa, e guardauan lo por quadrillas (...) y los moros de Teba salieron (...) e pusieron fuego al castillo”; *G. C. A. XI*, vol. I, cap.

batidas desde el interior de la fortaleza que estaba siendo atacada²⁰, llegándose a entablar, en ocasiones, un espeso duelo artillero destinado fundamentalmente a quebrantar las piezas del contrario²¹.

En segundo lugar, y a causa de sus más que patentes limitaciones tecnológicas, en demasiadas operaciones de cerco la tormentaria no era capaz de desarrollar por sí misma la suficiente capacidad expugnatoria como para terminar por decidir el fiel de la balanza del asedio en la que estaba enfrascada. En algunas ocasiones, como durante las broncas labores de sitio que generó la conquista de Alcalá la Real en agosto de 1341, los impactos de los ingenios castellanos simplemente no consiguieron afectar seriamente la estructura estereotómica de los paramentos sobre los que estaban efectuando sus tiros²². En otros casos, era la maquinaria de aproches la

CV, pp. 477-478. Por su parte, en el cerco de Tarifa de 1340, los castellanos derribaron, nada menos que cuatro veces, una torre que, a modo de padrastro, los benimerines intentaban levantar en las inmediaciones de la "torre de Don Joan"; C. A. O., cap. CCXLI, p. 318 y cap. CCXLV, p. 321. En el transcurso del asedio de Algeciras, en enero de 1343, por ejemplo, Alfonso XI ordenó hacer una bastida cerca de la puerta del Fonsario y guardarla con efectivos abundantes de día y de noche, pero "los Moros, veyendo el daño grande que les venia por aquella bastida, salieron de la ciubdat gran compañía dellos armados, et posieronle fuego, et comenzó arder"; *ibidem*, cap. CCLXXIX, p. 352.

²⁰ En Algeciras, donde pasaron tantas cosas, los castellanos construyeron dos bastidas en el sector del Fonsario, pero "los Moros tiraronles con los engeños de la ciubdat et quebraronlas todas antes que otra labor en ellas podiesen hacer"; C. A. O., cap. CCLXXXV, p. 357.

²¹ Nada más comenzar las maniobras de sitio en Tarifa, los benimerines ensamblaron con rapidez veinte trabucos para castigar la fábrica de la cerca urbana, consiguiendo con ellos tan alta cadencia de disparo que, aunque "en la villa tenían engeños, et se querian aprovechar dellos para tirar á los de fuera, non lo podieron hacer: ca luego que asomaban en qualquiera parte de la villa, luego ge los quebrantaban"; C. A. O., cap. CCXLI, p. 317. En Algeciras, cuando todavía no se había establecido bien el asedio de la ciudad, en diciembre de 1342, Alfonso XI "mandó facer mas de veinte engeños. Et los de la ciubdat tiraron primeramente con sus engeños, et lanzaban tan cierto, que asi como alzaban los Christianos las cureñas del engeño, luego ge las quebraban. Et por esto el Rey mandó poner en el fonsario dos trabucos (...), et con estos que tirasen á los engeños de la ciubdat, que ge los quebrarian; et despues que armarian los engeños, et pornian los otros trabucos, que tenían pieza dellos"; *ibidem*, cap. CCLXXVII, p. 351.

²² "(...) et mandó poner [Alfonso XI] ocho engeños que tiraban á las torres de aquella villa, et señaladamente tiraban á una torre muy grande (...), [y] el Rey mandaba tirar á aquella torre con los engeños muy afincadamente: et porque la torre era muy bien labrada, los engeños no facian en ella daño"; C. A. O., cap. CCLVII, p. 332. En Gibraltar, en 1333, uno de los trabucos castellanos se dedicó a disparar sobre las galeras que los musulmanes tenían en el puerto, "(...) e dauan muchas pedradas en ellas mas los moros tenían las cubiertas con madera e con vigas muy grandes que non las podien bien quebrar"; G. C. A. XI, cap. CXL, p. 53. Desde luego, esta relativa

que encontraba una fuerte resistencia por parte de los muros que pretendía desquiciar o se demostraba extremadamente vulnerable ante los proyectiles disparados verticalmente por parte de los defensores desde los terrados de las torres y desde los adarves de las murallas porque, además, en esas tareas de aproximación y zapa hay que tener muy en cuenta que eran hombres los que empujaban y manipulaban las máquinas frente al enemigo. Así, por ejemplo, en Gibraltar, en 1333, cuando la torre del homenaje de La Calahorra se encontraba prácticamente sin merlatura y seriamente desportillada, se decidió hacer gatas para abrir portillos y - también - mantas de madera que protegiesen a los almogávares que se mandó cavasen a su pie, a razón de dos doblas por cada mampuesto que sacasen. Pero los musulmanes no se echaron atrás:

“(...) ca fizieron ventanas en la torre e ponien adargas delante que los anparasen de las saetas, e detras de las adargas echauan muy grandes cantos sobre los que llegauan a poner los gatos (...); e de ençima de la torre echauan tantos cantos e tan grandes que quebraron grandes pieças de los gatos, e echaron fuego de alquitrán. E con esto los almogavares ouieron a salir fuyendo de so los gatos, e quemaron se alli los gatos e las mantas”²³.

Pero como ya he indicado antes, las limitaciones impuestas por la tormentaria no eran los únicos problemas básicos con los que tenía que enfrentarse una fuerza de asedio cuando su pretensión era forzar una plaza. Al actuar en territorio enemigo, una cuestión importante para poder hacer progresar una campaña expugnatoria era sencillamente contar con un aparataje logístico solvente; es decir, mantener unas líneas de comunicaciones fluidas con las ciudades y villas que podían actuar como centros de suministros y, también, tener *in situ* suficientes pertrechos y munición de boca para el consumo de los efectivos que integraban la hueste. De hecho, y entresacando un ejemplo significativo, durante la cruda intentona sobre Gibraltar del verano de 1333 - este par de factores imprescindibles jugaron un papel tan crucial que acabaron por determinar la suerte última de la

debilidad de la neurobalística frente a fábricas de cierta solidez era debida a la combinación sumada del peso de los proyectiles que disparaba —entre 1 y 59 kilogramos para los de tracción y entre 45 y 90 para los de contrapeso, según DeVRIES, K.: Ob. cit., pp. 134 y 137, respectivamente-, el calibre, la velocidad y el ángulo de incidencia, siempre éste por el segundo sector, es decir, por encima de los 45°.

²³ *Ibidem*, cap. CXXLI, pp. 54-55.

operación. En efecto, dependiendo los cristianos totalmente de lo que pudiese traerse por mar y, por lo tanto, de un factor tan mudable como era que hubiese vientos favorables, en un primer momento la completa falta de provisiones en el real obligó a Alfonso XI a levantar el sitio, viéndose incluso obligado a abandonar a los hombres que ya habían desembarcado al otro lado de la Roca y, aunque se pudo volver a restablecer el cerco gracias a los abastecimientos traídos por la repentina llegada de una flotilla de velas castellanas, poco tiempo después se pasaron de nuevo grandes apuros: “*lo vno —explica la crónica— por que la vianda era poca en el rreal, e lo otro porque la valia era tan grande, muy pocos de la hueste la podian auer; e por esto eran los omes en gran lazeria e en gran quexa*”. Así, pese a que la fortuna se alió del lado cristiano adquiriendo la forma de un tiempo bueno que permitió la arribada de “*las varcas que estauan cargadas de viandas çerca de Tarifa e en Baravate al puerto de Sancti Petre*”, esa pésima situación logística tuvo como resultado inmediato la excesiva prolongación de las tareas de asedio, una forzada circunstancia que, a su vez, produjo dos consecuencias sucesivas. Primera, que desde Algeciras el emir benimerín Abū Mālik pudiese cortar definitivamente las difíciles comunicaciones terrestres que enlazaban al ejército castellano plantado en los arenales que había delante de el Peñón con sus enclaves amigos y, segunda, que los musulmanes tuviesen tiempo sobrado para montar una sólida reacción: sin entrar en combate, una columna de socorro al mando del sultán Muḥammad IV y del emir Abū Mālik vino a acampar en las márgenes del río Guadiaro y dejó bloqueado en el istmo de Gibraltar a Alfonso XI, creando una incómoda *impasse* que únicamente se solventó cuando ambas partes llegaron al compromiso de firmar un tratado de treguas²⁴.

Todavía más. Cuando cualquier cerco sobre una plaza se prolongaba mucho, hacían acto de presencia otras contrariedades, adversidades que podían hacer más que difícil la estancia de las fuerzas en sus alfanques. Como ha calculado B. S. Hall a partir de las estimaciones iniciales realizadas por B. S. Bachrach, una hueste integrada por unos 25.000 efectivos y unas 2.500 caballerías necesitaba, sólo para abastecer a las bestias, unos 40.000 litros de agua —dependiendo, evidentemente de la climatología— y 30.000 kgs. de forraje diario²⁵, y producía aproximadamente unos 4.000.000 kgs. de

²⁴ G. C. A. XI, caps. CXXXVII a CXLVIII, pp. 42-69 -las citas textuales corresponden al cap. CXLI, p. 55-, y C. A. O., caps. CXVI a CXXVI, pp. 249-258. También en Algeciras hubo problemas muy serios de abastecimiento, véase. *ibidem*, cap. CCCXII, pp. 373-374.

²⁵ Así, no debe extrañar que todo el asedio de Teba, en agosto de 1330, una operación desarrollada en medio de las altas temperaturas del estío andaluz, girase en

heces y unos 4.800.000 litros de orina humana y animal cada dos meses, además de los desperdicios propios que se desprendían de cocinar y de otras actividades diarias²⁶. Evidentemente, tal cúmulo de inmundicias no sólo convertían un campamento en un lugar digamos que incómodo sino que, también, afectaban directa y forzosamente a las condiciones sanitarias generales. No debe extrañar, pues, que en una campaña tan larga como la de Algeciras brotase una grave epidemia entre los sitiadores, un mal que provocó la muerte del rey Felipe de Navarra, o que el propio Alfonso XI falleciese de peste en 1350 cuando estaba sobre Gibraltar. En fin, fatalidades inducidas por unas malas condiciones higiénicas a las que, desde luego, había que sumar otras no menos sofocantes como podían ser el cansancio y el agotamiento, la desmoralización y las lesiones y heridas producidas por el combate y que, en no pocas ocasiones, debían de convertirse en irreversibles.

Pero ahí no se paraban todos los inconvenientes que podían sufrirse en una gruesa operación de asedio. A los que ya he venido comentando podía sumarse otra serie de problemas tales como los provocados por una climatología adversa²⁷, los accidentes de carácter

gran medida en torno al problema de la aguada de las caballerías de los castellanos en el río Guadalteba, a media legua de la villa, “*donde los de la hueste avian de yr a dar agua a las bestias*” -explica la G. C. A. XI, vol. I, cap. CV, p. 477-, un abrevadero éste que los cristianos tuvieron que disputar insistente y duramente a las fuerzas musulmanas de socorro al mando de Uṭmān b. Abī-Ulā, el Ozmin de las crónicas, y refriegas en las que, por cierto, cayó víctima de un *torna fuye* el cruzado escocés Sir John Douglas y otros compañeros suyos que portaban, camino de Jerusalén, el corazón del rey Robert de Bruce; véase, LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J. E. y KRAUEL, B.: “Cruzados escoceses en la frontera de Granada (1330)” en *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), pp. 245-261.

²⁶ Respectivamente, “The Changing Face of Siege Warfare: Technology and Tactics in Transition” en *The Medieval City under Siege*, ed. por I. A. Corfis y M. Wolfé. Woodbridge. 1995, p. 266, y “*Caballus et Caballarius in Medieval Warfare*” en *The Study of Chivalry: Resources and Approaches*, ed. por H. Chickering y Th. H. Seiler. Kalamazoo. 1988, pp. 173-211.

²⁷ Así, por ejemplo, en el cerco de Algeciras, entre septiembre y octubre de 1342 [C. A. O., cap. CCLXXIII, p. 348]:

“(…) comenzó a llover de tantas lluvias, et tan fuertes, que grandes tiempos avia que non lloviera tantas aguas, nin de tan fuerte manera (...). Et fué á los de la hueste muy gran premia con esta agua, et rescibieron por ende mucho daño: ca los que tenían las casas fechas, caíanseles; et los que no las tenían, non las podían facer: et los que estaban en las tiendas, rompiaseles: et los que tenían fecho cuevas en las cuevas, en la mañana finchianse de agua, et muchas caían: et los caballos et las otras bestias estaban al agua día et noche, ca non avian otro lugar dó estar; et por esto morieron muchos caballos, et muchas acémilas et mulas: et otrosi algunos perdieron mucha vianda”.

fortuito²⁸, la siempre crónica falta de fondos para seguir haciendo frente al mantenimiento de la hueste en el escenario de la lucha²⁹ - o el simple descontento y hastío de la gente, un factor éste que normalmente se traducía en un gran número de deserciones³⁰.

III.-Pues bien, a pesar de que existían tan desquiciantes inconvenientes para forzar y capturar los puntos fuertes del enemigo, evidentemente éstos eran muchas veces conquistados. Hasta el punto de que puede comprobarse fácilmente que, desde la vertiginosa ocupación del Valle del Guadalquivir en tiempos de Fernando III hasta la Guerra de Granada, a fines del siglo XV, las mayores adquisiciones de nuevas parcelas territoriales para Castilla en la frontera con el emirato durante un sólo reinado gracias a una engorrosa pero, a fin de cuentas, fructífera labor de operaciones de expugnación de ciudades, villas y castillos musulmanes se debió a las campañas de asedio desarrolladas por Alfonso XI contra granadinos y benimerines. De hecho, salvo Gibraltar, la única gran pieza perdida y que luego se resistió por dos veces al denso empuje del monarca, la nómina de enclaves que pasaron a manos castellanas entre 1325 y 1350 fue, cuando menos, notable y habla por sí misma. En 1327, cayeron Olvera, Pruna, Torre Alháquime y Ayamonte; en 1330, Teba, Cañete la Real, Las Cuevas, Ortejúcar y puede que Priego; en 1341, Alcalá de Benzayde, Locubín, Priego, Rute, Carcabuey, Benamejé y Matrera; en 1344, Algeciras. No fue poco si se tiene en cuenta, por ejemplo, que no sólo tuvieron que pasar casi sesenta años para que, con las campañas del infante de Trastámara, se desarrollase otra ambiciosa dinámica de tomas castrales en la linde mora sino, también, la sustantiva magnitud de recursos y fuerzas con las que contaban

²⁸ También en Algeciras, en julio de 1343 [*ibidem.*, cap. CCXCIX, pp. 364-365]:

"(...) acaescio que un dia (...) se ascendió fuego en una choza, et con viento que facía, ascendieron muchas otras: et dende fuese apoderando el fuego tanto, que ardia muy gran parte de los reales, et señaladamente ardieron las casas del Almirante, et todas las otras casas de los que posaban en la ribera: et ardió la rua en que posaban muchos mercaderes (...): et otrosí ardieron los almacenes del pan que el Rey tenía guardado, et otros almacenes de pan que tenían los mercaderes".

²⁹ Véase: GARCÍA FERNÁNDEZ, M.: *Ob. cit.*, p. 164 y ss., y TORREMOCHA SILVA, A.: *Ob. cit.*, p. 57 y ss.

³⁰ Durante el asedio de Gibraltar de 1333, el emir Abū Mālik capturó a tantos desertores que huían del campamento castellano "*que en Algezira no valie mas de vna dobla cada christiano de los que catiuauan. E como quier que el rrey [Alfonso XI] ponie guarda de noche e de dia, atantos eran los que yuan, que los non pōdian guardar*"; *G. C. A. XI*, cap. CXLII, p. 56.

norteafricanos y nazaríes, una circunstancia que se traducía en el escenario bélico en una oposición obviamente dura y en una seria opción para emprender, por su parte, importantes ofensivas e intenciones expugnatorias, tal como se demostró en Rute en 1325, Priego en 1329, nada menos que Gibraltar, Castro, Cabra, Benamejí y Córdoba durante 1333, Siles en 1339 y Tarifa en 1340.

Ahora bien, si como ya he venido comentando someramente líneas arriba había tantas dificultades para conquistar reductos, quizás sea legítimo preguntarse ¿cómo se terminaba teniendo éxito frente a ellos? Fundamentalmente mediante la puesta en marcha de tres procedimientos tácticos que podían ejecutarse solos o de manera combinada: sorpresa y rapidez de acción en las maniobras de asalto directo o bombardeo, presión y agotamiento psicológico de los defensores y, por último, bloqueo y aislamiento total del objetivo que se pretendía forzar.

Así, por ejemplo, en Pruna en 1327, adalides al servicio de Alfonso XI escalaron con clavijas de hierro la pared más abrupta de la difícil peña donde estaba emplazado el castillo mientras los castellanos atraían la atención de la guarnición musulmana con un ataque de divertimento por el otro flanco del reducto³¹. En Alcalá la Real, en 1341, y con vistas a mermar la capacidad de resistencia inicial de los granadinos, el rey ideó un ardid que luego se comprobó bastante eficaz: tras tentar la plaza durante una cabalgada que duró cinco días, propagó la noticia de que pretendía entrar a talar los campos de Málaga e, incluso, ordenó que se cargase de pertrechos a ocho navíos en Sevilla, “*et que lo levasen por la mar fasta que llegasen cerca de Málaga, et que le esperasen y: ca decia que los avia menester para dar refrescamiento de viandas á los de la hueste*”. El resultado fue el esperado, pues Yūsuf I se dedicó a reclutar cuantos hombres pudo de sus enclaves fronterizos para mandarlos de inmediato a reforzar las defensas malagueñas, “*et [mandó] todos los ballesteros de Alcalá á la villa de Málaga, et no cató por la bastecer: ca tovo, que pues el Rey de Castiella la fuera á talar poco tiempo avia, que non tornaria allí en aquel año*”³². En Locubín, un núcleo que era necesario neutralizar para mantener pertrechadas a las fuerzas que estaban sobre Alcalá, don Alfonso Fernández Coronel, con un engaño y un par de cabritas, “*dió tan grand acucia en combatir aqueste castiello, tirandole de dia et de noche (...), que los Moros de aquel castiello non lo podian sofrir*”, terminando por rendirlo³³. En

³¹ G. C. A. XI, cap. LXXIII, p. 413.

³² C. A. O., cap. CCLVI, pp. 331-332.

³³ *Ibidem*, cap. CCLVII, p. 333.

Priego, casi inmediatamente después de que cayese Alcalá, y acuciado por algunos problemas que estaban surgiendo en Castilla, el monarca “*mandó dar muy grand acucia en el facer de las cavas, et en tirar con los engeños, de manera que fasta muy poco tiempo cobró la villa*”³⁴. En fin, durante los primeros estadios del cerco de Algeciras, cuando aún no le había llegado a Alfonso XI toda la gente, se trabajaba denonadamente por establecer un asedio que asfixiase a la ciudad, se entablaban duros combates casi a diario y se acariciaba una muy vaga esperanza de resolver el sitio con alguna premura, se decidió hacer una cava que rodease a la cerca urbana bajo la protección del bombardeo de trabucos “*et el Rey —explica la cronística— mandó luego armar seis engeños que tirasen al muro, et á las torres de la ciubdat: et estos fueron armados en una noche, et en amanesciendo tiraron todos*”³⁵.

Pero si desaparecía la oportunidad de tomar una fortaleza gracias a las facilidades que brindaba la sorpresa o, en cualquier caso, mediante la rapidez de un asalto que desbordase rápidamente los dispositivos de barrera del recinto, todavía quedaba la posibilidad inmediata de que la guarnición rindiese la plaza si se forjaban dos circunstancias. En primer lugar, que surgiese simplemente lo que Robin Fedden y John Thomson han venido a describir como “*castle-mentality*”, un estado de desasosiego y desmoralización que se producía entre los hombres cuando la tensión defensiva era demasiado intensa para sus nervios³⁶. En segundo lugar, que los efectivos parapetados tras los muros de una fortificación llegasen a la conclusión de que su situación era tan débil y crítica que tornaba inviable cualquier opción de resistencia. De hecho, si se realiza un somero repaso a las operaciones de asedio efectuadas por Alfonso XI puede comprobarse sin mucha dificultad que la mayoría de los enclaves musulmanes, en especial los de mediana o pequeña entidad, terminaron siendo forzados debido a la suma de las dos condiciones que acabo de comentar, y que desembocaban en un llano pacto de rendición, o bien fueron ocupados sin lucha porque la gente los había abandonado ante la inquietante presencia de las fuerzas castellanas, en especial si éstas ya habían demostrado tener éxito frente a un reducto mayor cercano. Así, por negociación —una solución honrosa que respetaba la vida y las propiedades semovientes de los pobladores— terminaron por ser entregadas a los cristianos, aunque siempre, claro está, tras el agrio castigo de la maquinaria de sitio o de violentas refriegas en los paramentos y portillos abiertos en los lienzos y torres,

³⁴ *Ibidem*, cap. CCLVIII, p. 334.

³⁵ *Ibidem*, cap. CCLXXVIII, p. 351.

³⁶ *Crusader Castles*, Londres, 1957, pp. 59-60.

las villas de Olvera, en 1327, de Teba y Cañete, en 1330, de Locubín, Priego, Carcabuey, Benamejé, Rute y Matrera en 1341. Sin necesidad de combate, por desamparo, fueron entrados los núcleos de Ayamonte y Torre Alháuime, en 1327, y Las Cuevas del Becerro, Ortejicar y, quizás, Priego en 1330³⁷.

De todas maneras, si por diversas razones, como podían ser la complejidad táctica que entrañaba la operación o la magnitud del objetivo, no existía ninguna oportunidad de resolver con diligencia una campaña de asedio, todavía quedaba la enojosa posibilidad de emprender un bloqueo completo del enclave que se pretendía conquistar. En realidad, y sin duda, esta era la más alta expresión bélica para tomar por fuerza una fortificación, ya que significaba que una hueste se plantaba indefinidamente en torno a una plaza y perpetraba su ocupación gracias a la adición doble de cuantos medios expugnatorios tenía a su alcance, desde labores de erosión y desmonte de la fábrica por minado, zapa y bombardeo, hasta menoscabo de los defensores y sofoco de las reservas de aguada y provisiones, pasando por cualquier otro factor, fortuito o no, que pudiese jugar en su favor como, por ejemplo, interceptar mensajes entre los cercados y fuerzas amigas que brindasen una visión adecuada de cuál era la verdadera situación que se estaba viviendo dentro del lugar cercado³⁸, actos de traición u obtención de información gracias al interrogatorio de cautivos³⁹.

³⁷ La noticia de la entrega de Priego, no el de Córdoba, sino otro castillo enclavado en las serranías rondeñas, tan sólo aparece en la *C. A. O.*, cap. LXXXVIII, p. 227, pero no en la *G. C. A. XI*.

³⁸ Sin ir más lejos, esta circunstancia sucedió durante el asedio de Alcalá la Real en el verano de 1341, cuando compareció ante Alfonso XI un muchacho cristiano que portaba cartas del sultán granadino para los de la villa [*C. A. O.*, cap. CCLVII, pp. 333-334]:

“Et el Rey mandó ver las cartas, et diólas al mozo, et enviolo á la villa de noche et mandóle que tornase á él, et puso omes que lo guardasen, quando saliese, et que ge lo traxiesen. Et otro dia en amanesciendo salió de la villa aquel mozo, et veno al Rey, et dióles las cartas que los de la villa enviaban al Rey [de Granada]. Et por estas cartas vio el Rey que los de la villa estaban en afincamiento de mengua de agua et pan; porque mucho afincadamente enviaban decir al Rey de Granada que los acorriese”.

En realidad, que los sitiados mandasen mensajes de socorro era un práctica relativamente común. Cuando Tarifa fue agriamente atacada por benimerines y granadinos en 1340, los castellanos realizaron una salida de distracción nocturna, y *“(...) otros omes desarmados sacaron de la villa un batel, et posieronlo en el agua: et entraron en él dos omes, et enviaronlos al Rey con cartas, en que le enviaron decir como estaban cercados, et qual dia los cercára aquel Rey Albohocen”*; *ibidem*, cap. CCXLI, p. 217.

³⁹ Por ejemplo, también durante el cerco de Alcalá se obtuvo buenas noticias cuando un moro, cautivo en Martos, *“envió decir al Rey (...) que sabia dó tenían un pozo de agua fuera de la villa, et que entraban á él por gradas só la tierra,*

Cuando una operación de asedio tomaba cariz tan grueso, el primer paso era, invariablemente, reconocer el terreno que circunvalaba al objetivo y, luego, intentar aislarlo lo más pronto posible de cualquier contacto con el exterior, ya fuese con vista a impedir la entrada de refuerzos y pertrechos o de, también, la llegada de noticias y avisos que ayudasen a mantener la esperanza y la moral de los cercados. Es por ello por lo que se comprende perfectamente la auténtica obsesión de Alfonso XI por desembarcar suficientes efectivos al otro lado del reducto de Gibraltar durante el, a la postre, infructuoso sitio de la Roca en 1333, o el inmediato cambio de emplazamientos que se efectuó de los reales castellanos durante las maniobras iniciales del asedio de Alcalá la Real, albergadas que pasaron a estar tan próximas al perímetro exterior de la población “*que toda la villa fue cercada, et non avia por dó entrar ome, que non passase primero por los reales*”⁴⁰.

Por su parte, durante la larga campaña de Algeciras todo fue, obviamente, más complicado. En realidad, debido a la gran longitud sumada de las cercas urbanas de la Villa Vieja y de la Villa Nueva, el asentamiento de la hueste castellana se realizó de manera escalonada, según fueron llegando las fuerzas de Castilla y León convocadas por Alfonso XI. Los primeros contingentes reales, andaluces y de las Órdenes Militares que arribaron con el monarca en los inicios del verano de 1342 se establecieron alrededor de la ciudad y levantaron un alfanegue regio. Sin embargo, sin fuerzas suficientes al principio, el cerco de las dos villas no pudo ser cerrado adecuadamente hasta marzo de 1343, cuando por fin estuvieron ante los muros de la plaza musulmana todos los efectivos. Y aún así, de verdad no se puso en auténtico aprieto a los sitiados hasta casi un año después, cuando en enero de 1344 se terminó por concluir el bloqueo marítimo⁴¹.

Una vez que la hueste se colocaba ante la plaza que pretendía conquistar, enseguida se desataba sobre ésta una violenta presión que, sin dilación alguna, se puede describir como todo lo cruda y brutal que era posible. Una presión que, por añadidura, se intentaba que fuese aumentando progresivamente, haciéndose cada vez más insoportable e insufrible para los cercados. Normalmente, y tras tantear cuáles eran los mejores puntos para emplazarla –por motivos evidentes, un padrastro o una elevación de terreno se consideraban lugares

et que eran muy pocos en la villa que lo sopiesen; et si el Rey le feciese merced, que ge lo mostraria (...), et mostró el logar dó estava aquel pozo”, una información que terminó por decidir el fiel de la balanza del asedio; *ibidem*, cap. CCLVII, p. 333.

⁴⁰ *Ibidem*, cap. CCLVII, p. 332.

⁴¹ Una detallada descripción de estas labores de cerco en TORREMOCHA SILVA, A.: *Ob. cit.*, p. 140 y ss.

idóneos⁴²-, la primera arma que entraba en acción era la artillería neurobalística, piezas que intentaban dismantelar, barrer y desquiciar cuanto se encontrase a su alcance, abrir holgados portillos en los paramentos, causar cuantas bajas pudiese entre los defensores y, también, provocar turbadores síntomas de desmoralización y cansancio en el interior del reducto bajo castigo⁴³, muy hoscas faenas para las que los ingenios eran dispuestos, en ocasiones, en batería, con el fin aumentar su eficacia mediante la concentración de sus disparos⁴⁴. Todo ello, claro está, briosamente acompañado por el incesante tiro y hostigamiento de los virotes de la ballestería de los atacantes contra los miembros de la guarnición que pretendían salvaguardarse tras los antepechos y merlones en los terrados y adarves o que presentaban un bulto difícil tras las saeteras.

No obstante, salvo que se llegase a la pronta conclusión de que la plaza sitiada sólo podía ser conquistada mediante el agotamiento sistemático de su guarnición –tal como prácticamente sucedió desde el principio en Algeciras-, se podía poner a prueba la capacidad defensiva de los dispositivos castrales y el nivel de resistencia de los asediados mediante asaltos frontales a viva fuerza, furiosas intentonas que tenían como finalidad tanto desbordar las murallas como convencer por las armas a los cercados de que cualquier posibilidad de aguantar con éxito sucesivos ataques era completamente inútil. Así, por ejemplo, en Teba, en 1330, tras los muchos problemas que se tuvieron con la columna de socorro de ‘Uṭmān ibn Abī l-‘Ulā, los castellanos terminaron por embestir directamente a la villa por todos

⁴² En Gibraltar, en 1333, Alfonso XI, en tanto se ordenaban los reales, ordenó emplazar tres ingenios encima de la ladera que dominaba la torre del homenaje del castillo musulmán; *G. C. A. XI*, vol. II, cap. CXL, p. 53. Por su parte, se puede deducir de la crónica que en Algeciras los castellanos contaban con una serie de oteros y elevaciones para situar la artillería.

⁴³ Durante el asedio de Gibraltar, en febrero de 1333, los norteafricanos “*fazien tirar los yngenios muy amenudo, ansi de noche como de dia, de guisa que nunca los christianos nin su allcayde folgavan vna ora del dia*”; *ibidem*, vol. II, cap. CXXVI, p. 16. En Tarifa, los musulmanes disparaban “*con los yngenios de cada dia a la cerca e a las torres de la villa, e de noche tirauan a la villa por que los omes no pudiesen dormir seguros*”; *ibidem*, vol. II, cap. CCXCIII, p. 343.

⁴⁴ Durante el asedio de Tarifa, desde un otero, los benimerines colocaron cuatro ingenios para que castigasen conjuntamente la Torre de don Juan, el punto elegido para romper las defensas castellanas; *ibidem*, vol. II, cap. CCXCIII, p. 343. También en Algeciras los castellanos, según convenía, iban mudando la posición de la neurobalística pasando, en algunos casos, de un tiro graneado a otro concentrado. Así, por ejemplo, en abril de 1343 Alfonso XI, al comprobar que el sector más débil de la muralla urbana era el que iba desde el cementerio de la Villa Vieja hasta la Torre del Espolón, ordenó que se reuniesen allí todos los trabucos; *C. A. O.*, cap. CCLXXXIX, p. 358.

lados, consiguiendo subir hasta un portillo que habían comenzado a hacer los ingenios:

*“E quando esto vieron los moros –describe con toda viveza la cronística-, corrieron todos aquel lugar, las adargas en los braços e las espadas en las manos, e fizieron rostro en el lugar que derribauan los ingenios, asi que no fazie alli mengua el muro, por bondad de los moros que lo bien defendien, sufriendo gran trabajo (...) [y] olvidaron la muerte e estuvieron en aquel lugar a guisa de buenos. E los christianos dauan se alli grandes cuchilladas con ellos. E fue el combate tan apresurado de cada parte, e los moros de la villa en tal afincamiento se vieron, que ynbiaron pedir merçed al rrey que los dexase salir de alli, e que le entregarien la villa (...)”*⁴⁵.

Pero si la suma de quebrantos provocados por el impacto de los bolaños y el barrido de los virotos más las enérgicas acometidas de los sitiadores no se convertían en acciones suficientes para rendir el enclave, entonces no quedaba otra opción que poner en marcha una labor destinada a presionar y aproximarse paulatinamente a las murallas, una tarea ésta que, normalmente, era lenta, farragosa, la mayoría de las veces enormemente penosa y que, por añadidura, era de alto riesgo para los que trabajaban en ella. Así, en primer lugar, podían excavarse minas con el fin de derribar torres y lienzos o, en su caso, acceder a algún punto vital de la compartimentación defensiva del reducto. En segundo lugar, cabía rodear a la plaza con cavas, albarradas y bastidas, unos dispositivos que permitían a las máquinas operar y acercarse lo más posible a sus objetivos bajo el amparo de cierta protección, que funcionaban como parapetos para la ballestería y los que, como ingenieros, obreros, zapadores y artilleros, bregaban en las inmediaciones de los paramentos atacados y que, también, intentaban impedir que la guarnición pudiese realizar engorrosas salidas intempestivas.

En Alcalá, por ejemplo, donde todas las maniobras del asedio estuvieron encaminadas, de una u otra manera, a cortar la aguada a los

⁴⁵ G. C. A. XI, vol. I, cap. CIX, p. 484. En Tarifa, en 1340, a pesar de que los cristianos mantenían el foso limpio y hondo, y “cada noche tornaban á la villa las piedras que lanzaban de dia fuera contra los Moros”, estos realizaron un ataque generalizado tan contundente que consiguieron saltar la falsabraga y quedarse ante los lienzos de la cerca. lugar del que, sin embargo, fueron expulsados tras un violento contraataque; C. A. O., cap. CCXLV, p. 321. Un ejemplo más. Durante los primeros momentos del asedio de Alcalá de Benzayde, Alfonso XI mandó combatir la villa con tanta dureza que la gente terminó por superar en un sólo día el buen muro que defendía el arrabal de la población y quedarse con éste; *Ibidem*, cap. CCLVII, p. 332.

musulmanes, pronto se hizo patente que no se llegaría a ninguna parte mediante el bombardeo de los ingenios sobre una torre que protegía un pozo en el perímetro exterior. Así las cosas, Alfonso XI se decidió a derribarla haciendo “*cuevas desde alexos, que fuesen só la tierra, fasta que llegasen al logar dó podiesen aquella torre poner sobre cuentos, porque cayese, et les tirase el agua de aquel pozo*” aunque, una vez derrumbada, se pudo comprobar que por ese punto no se podía seguir avanzando debido a la propia dificultad que ofrecía el terreno. No obstante, gracias a la información aportada por un cautivo natural de la villa, se supo que los moros tenían otro pozo intramuros para suministrarse de agua, por lo que el rey “*mandó facer cavas de fuera só la tierra: et fueron fechas por tal manera, et con tan grand acucia, que los Christianos fallaron que aquella agua, que era mucha et muy buena, estaba en una boveda bien labrada só tierra de esta agua*”. A partir de ese momento, y en medio de fuertes combates subterráneos, la suerte de la localidad estuvo echada, aún más cuando los defensores comprobaron que una hueste de socorro comandada por el propio Yūsuf I se retiraba tras evitar enfrentarse en campo abierto con los castellanos y la tormentaria de éstos, sin descanso, seguía su castigo y descoste de la cerca urbana⁴⁶.

Por su parte, y a pesar de que parece que había una cierta falta de tradición al respecto por parte castellana⁴⁷, durante el período que aquí examino comenzaron a emplearse con alguna profusión cavas y barreras en los cercos más grandes o en aquellos asedios en los que la topografía así lo permitía. Aparte del foso que Alfonso XI ordenó excavar por consejo de sus capitanes de guerra en el istmo de Gibraltar en 1333 con el fin de proteger la retaguardia de su ejército de la columna de socorro musulmana acampada en el río Guadiaro⁴⁸, o de la “*pared de piedra entre la mar et la villa*” y la trinchera que mandó hacer Abū l-Ḥasan durante el sitio de Tarifa en 1340⁴⁹, donde de verdad cavas y palenques alcanzaron un protagonismo notable fue durante la campaña de Algeciras. En efecto, durante esta larga operación expugnatoria, los cristianos llegaron a trazar hasta tres líneas de fosos rodeando la cerca urbana. La primera, terminada en

⁴⁶ *Ibidem.* cap. CCLVIII, pp. 353-354. Poco después, en Priego, también Alfonso XI “*mandó facer cavas para derribar algunas torres*”; *ibidem.* cap. CCLVIII, p. 354.

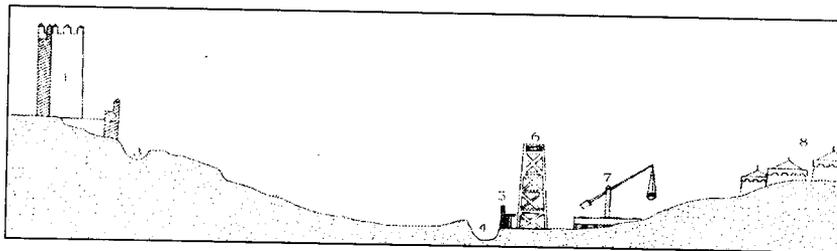
⁴⁷ Un ejemplo. Durante el asedio de Algeciras por parte de Fernando IV en 1309, el rey no dispuso ninguna albarrada, ya que “*fué nunca costumbre de los castellanos facer barreras cuando cercaron algunas villas*”; *Crónica de Fernando IV*, ed. de Cayetano Rosell, “B. A. E.”, vol. LXVI, Madrid, 1953, cap. XVII, p. 163.

⁴⁸ *C. A. O.*, cap. CXXIII, p. 255, y *G. C. A. O.*, vol. II, cap. CXLIV, p. 61.

⁴⁹ *C. A. O.*, cap. CCXLI, p. 317.

septiembre de 1342, con el asedio recién inaugurado y aún faltos de toda la gente, tenía de seis a siete metros de anchura por dos de profundidad e iba paralela a la Villa Vieja, desde el río de la Miel hasta el mar, en las cercanías de la albarrana Torre del Espolón. Pasados seis meses, y ya sí con suficientes efectivos, el monarca “*tuvo por bien que los reales de la hueste se allegasen más cerca de la ciubdat, porque la podiesen toda cercar: et mandó facer de noche una cava encima de la loma que comienza cerca del río de la Miel, et va fasta el fonsario de la villa vieja*”; labor que se concluyó en marzo de 1343 a pesar de los estragos que los algecireños realizaban sobre el peonaje castellano y que significó el bloqueo total de la plaza por la parte de tierra. Pero ahí no quedaron las cosas. En abril, el rey, que acariciaba la idea de asaltar el flanco sur de la Villa Vieja, ordenó la construcción de bastidas para hostigar los adarves y terrados de las torres, pero los moros impidieron con gran violencia el trabajo de los carpinteros, razón por la que Alfonso XI:

“*(...) mandó facer una cava –describe con gráfica precisión la crónica– só tierra, et comenzaronla so el pie de una de las bastidas que tenían fechas. Et esta cava era muy fonda mas que una hasta de lanza de alto, et era muy ancha, et dexaban encima un palmo de tierra en grueso, et ponianle tablas et cuentos de madera en que se sofriese. Et asi como cavaban, et sacaban la tierra á fuera en espuestas, asi ponian las tablas et cuentos de madera. Et hicieron esta cava (...), fasta que llegó cerca de la mar: et desque fue fecho, tiraron la madera de yuso, et cayó aquella poca de tierra que estaba encima de las tablas, et fincó la cava fecha; pero dexaron un logar que non hicieron cava contra la mar, et esto dexaron por dó podiesen entrar los Christianos á pelear con los Moros, si fuese menester*”.



Sección teórica del asedio de Algeciras [1342-1344]. Sistema de fortificaciones de la Villa Vieja y línea de cerco en el sector del fonsario [según TORREMOCHA SILVA, A.: *Ob. cit.*, p. 143]
 1-Murallas urbanas/2-Falsabraga/3-Foso/4-Cava labrada por los sitiadores/5-Albarrana o muro de tapial/6-Bastida/7-Trabuco/8-Real castellano

Sin embargo, la cava estaba tan próxima a la falsabraga de la ciudad que poco podía proteger al peonaje y a los engeñeros, así que se ideó levantar como antepecho un murete de toneles llenos de argamasa de tierra y piedras, aunque la humedad lo deshizo pocas semanas después, y entonces se “*mandó facer por cima de la cava barrera de tapia, que avia dos tapias en alto; et en algunos logares dó cumplia, era de tres et de quatro tapias en alto, et encima su antepecho et andamio: et amas á dos las villas fueron cercadas desta cava et desta barrera*”⁵⁰.

A estos dispositivos destinados a estrangular las murallas, en ocasiones se añadían bastidas, estructuras que podían presentar una suma complejidad –a imitación de las torres de las fortalezas o a modo de pequeños castillos de madera- o ser de diseño bastante elemental –arcas o grandes cajones sostenidos por mástiles descansando sobre una plataforma- y que, además, eran fijas o móviles. En realidad, la idea matriz que encerraba la construcción de tales *belfries* era que sobrepasasen la altura de los muros asediados a fin de poder hostigar sus adarves y, llegado el caso de que tuviesen alguna capacidad de desplazamiento, intentar acceder a ellos mediante un portón retráctil o una pasarela. No obstante, y a pesar de las ventajas evidentes que su empleo podía aportar, durante el periodo que estudio aquí, probablemente a causa de la irregular orografía donde se desarrollaron algunas de las campañas expugnatorias alfonsinas y, también, porque su montaje no era un asunto nada fácil, hasta el gran cerco de Algeciras los castellanos prácticamente no las utilizaron, salvo durante el sitio de Teba en 1330 donde, con escasa suerte –ya se ha comprobado páginas atrás- “*los christianos hizieron vn castillo de madera, e llegaronlo çerca de la villa*”⁵¹.

Durante los veinte meses que duró el cerco de Algeciras las cosas fueron bien distintas. De hecho, en ninguna operación de asedio emprendida por Castilla contra una plaza musulmana, desde la constitución del emirato hasta los inicios de la Guerra de Granada, se llegó a utilizar las bastidas con tanta profusión y variedad de modelos. Así, aunque por su envergadura y altura era el instrumento

⁵⁰ TORREMOCHA SILVA, A.: *Ob. cit.*, pp. 142-146. Las citas textuales corresponden a la *C. A. O.*, respectivamente, cap. CCLXXXII, p. 354; cap. CCLXXXIX, pp. 358-359, y cap. CCLXXXVIII, p. 358. No obstante, en lo arenales que unían la Villa Nueva con el mar, la ductilidad del terreno y los moros impidieron, por desgaste moral de la gente a causa de furiosas salidas nocturnas, que se terminase de excavar la cava, una situación que se resolvió colocando a manera de barrera dos galerías que un temporal había arrojado a tierra; *ibidem*, cap. CCXC, p. 359.

⁵¹ *G. C. A. XI*, vol. I, cap. CV, p. 477. También, ya se ha indicado antes, los musulmanes construyeron una torre de asedio estática en Tarifa, *C. A. O.*, cap. CCXLI, p. 318.

expugnatorio más sensible a los disparos de la neurobalística de los defensores, no sólo se emplearon, estáticas, para reforzar cavas y barreras y flanquear los vanos entre éstas y la cerca urbana, levantándolas tanto de madera como forrándolas de adobe sino que, también, se hicieron algunos ejemplares de gran tamaño, móviles, y cuya misión era actuar a manera de padrastrós en las inmediaciones de las murallas o proteger las labores de los zapadores y obreros que trabajaban en las inmediaciones de los paramentos. De esta manera, y espigando algunas muestras de lo que indico, cuando se instalaron varios trabucos en el sector del cementerio de la Villa Vieja, se montó para ampararlos una gran bastida que, aunque quemada por los moros en una furiosa salida, “(...) *fué enderezada luego otro dia. Et por esto mandó el Rey que les ficiesen otra bastida mas adelante desta (...). Et con estas dos bastidas tovieron los Christianos apoderada grand parte de la plaza del fonsario dó los Moros salian á pelear ante desto mas osadamente*”⁵². En esta misma área del cerco, lugar que Alfonso XI había elegido como punta de lanza de su presión sobre la ciudad y que, por lo tanto, recibía los mayores ataques de los algecireños, tras ocho meses desde el comienzo de la campaña, los castellanos pasaron a “*facier mas bastidas de las que tenian fechas en el fonsario, et ficieron labrar dos bastidas de madera á figura de torres, et levaronlas sobre ruedas: et desque fueron llegadas al lugar dó avian de estar, quisieronlas labrar de dentro de adoves*”, aunque al final los defensores las tiraron abajo con su tormentaria⁵³. De todas maneras, firme en su idea, en julio de 1343, el monarca ordenó que se labrara de noche una bastida tan próxima a la ciudad:

“(...) que desde esta bastida lanzaban la piedra puntual dentro en el muro de la ciudat. Et en las barreras de la ciubdat non podian estar los Moros; et los Christianos entraban só el pie de esta bastida, et sacaban de la cava de la villa las piedras que tiraban los engeños de los Christianos. Et para facer esta bastida avian de ir grand compañía de los de la hueste que guardaban los que labraban. Et los Moros que eran en la ciubdat, sentiendose mucho de aquella bastida al tiempo que la facian, salian á pelear con los Christianos, por la tirar ende. Et ovo sobre esto muchas peleas en que fueron feridos et muertos muchos Christianos et muchos Moros”⁵⁴.

⁵² C. A. O., cap. CCLXXIX, p. 352.

⁵³ *Ibidem.* cap. CCLXXXV, p. 357.

⁵⁴ *Ibidem.* cap. CCXCV, p. 362. Junto a otra anterior, en agosto de 1343, los castellanos levantaron una gran bastida en las inmediaciones de la Torre del Espolón,

Todavía un paso más. La más alta complejidad estructural y poliorcética que podía alcanzar una bastida era adquirir la forma y funcionalidad de un pequeño castillo de madera que actuase sobre el lugar sitiado a modo de *Gegenburg*, es decir, como una especie de contra-castillo. Su misión era cumplir el papel de una pequeña base operativa destinada, entre otras cosas, a servir de punto de arranque para atacar directamente las murallas, dificultar las salidas de los asediados sobre algún sector sensible del despliegue del cerco, tutelar a los hombres que manejaban la tormentaria o que hostilizaban con sus disparos a los de dentro y que, también, atalayaban a la plaza bajo bloqueo. Si en Teba, en 1330, los moros consiguieron incendiar e inutilizar la estructura de este tipo contruida por los castellanos, en Algeciras, sin embargo, su papel fue bastante eficiente. En el flanco nordeste de la Villa Nueva, los cristianos tenían tantos problemas para construir una cava de aproximación a la cerca urbana debido a las bruscas y violentas salidas de los musulmanes que la única solución que encontró Alfonso XI fue ordenar “*facer de aquella parte un castiello de madera muy alto, et avia logar do fuesen muchos omes dentro en él: et este castiello tovo el Rey que le cumplia tanto ó mas como las bastidas, para si oviese á combatir la ciubdat; et era muy sutil, ca podian ir dentro en él, et encima dél muchas compañías, et podianlo levar muy ligeramente*”⁵⁵.

Ahora bien, si a pesar de la práctica de tan abundantes y varios recursos expugnatorios destinados a conquistar o rendir por pleitesía un enclave, éste todavía demostraba una enervante capacidad de resistencia, todavía le quedaba a los de fuera un último método, simple pero exigente, para conquistar la plaza asediada, para administrar el *coup de grâce* a los defensores. Me refiero, evidentemente, al completo agotamiento por hambre de los sitiados, al sofoco de todas las reservas de provisiones que pudiesen almacenar intramuros, una táctica para la que era totalmente necesario impedir que entrase dentro de lugar cercado hasta la más mínima cantidad de vituallas. Aunque Algeciras terminó capitulando únicamente cuando su guarnición dejó de recibir cualquier ayuda y suministro desde el exterior⁵⁶, durante los años a los que dedico este breve ensayo, no hay

en el extremo sur del perímetro de la Villa Vieja, torres que “*eran tan cerca [de la muralla], que desde encima de ellas lanzaban grandes piedras con la mano en el muro de la ciubdat*”: *ibidem*, cap. CCCIV, p. 368.

⁵⁵ *Ibidem*, cap. CCXC, p. 359.

⁵⁶ Como se explica en la *C. A. O.* Cap. CCCXXXIII, p. 386:

“(…) *salieron de la villa vieja dos Moros, que dixieron al Rey que el pan era fallecido en la ciubdat de Algecira: et pues que los Moros de la ciubdat veían que non tenían mantenimiento, nin les acorrian los de fuera,*

duda de que el ejemplo más notable de la claudicación de un reducto por absoluta falta de alimentos fue la entrega de Gibraltar a los benimerines durante la primera mitad de 1333. En efecto, tras cuatro meses de asedio la situación de los castellanos llegó a tal límite de inanición que, describe implacablemente la *Gran Crónica*:

“(...) comian los cueros de los escudos cozidos, e otrosi las çinturas de cuero que tenian e las pieças de los çapatos cozidas e las baynas de las espadas, e quantos cueros podian auer todos los comian, e las rratas e los gatos e perros no quedo en toda la villa vno que ellos pudiessen auer, e avn las fojas de los arboles comian”⁵⁷.

En suma, y a modo de muy parco colofón, si como señalaba al comienzo de estas páginas, la meta última de toda la actividad militar desarrollada durante los siglos medios estaba determinada, directa o indirectamente, por la necesidad de conquistar los puntos fuertes del adversario como único medio de adquirir nuevas parcelas territoriales y de dominar políticamente el espacio, espero que este breve ensayo, dedicado a examinar un reinado especialmente fecundo en operaciones de asedio e igualmente variado en tácticas de expugnación, contribuya de alguna manera a ir desterrando viejos y arraigados tópicos acerca de la ciencia bélica en el Medievo y, también, se constituya en un ejemplo más de cómo durante esos siglos se era capaz de engendrar diversos métodos para intentar contrarrestar a la fortaleza, la gran rectora de la guerra de su época.

que facian fabla uno con otros que oviesen pleytesia con el Rey que le diesen la ciubdat, et que les dexasen salir fuera con todo los suyo”.

⁵⁷ Cap. CXXXVI. p. 41. En una intentona desesperada, el almirante Alonso Jufre Tenorio intentó auxiliar a los cercados [*ibidem*, pp. 41-42]:

“(...) e hizo poner dos trabucos en dos naues, e con aquellos trabucos lançauanles las talegas de farina, e como quier que algo caya dentro en el castillo, pero lo mas caya fuera e tomauanlo los moros; e por esto el almirante dexo de lançar la harina con aquellos trabucos. E los moros por tirar que los del castillo no ouiesen aquel acorro pusieron dos yngenios con que tirassen a aquellas naues en que estauan los trabucos; e los marineros de la naues ouieron de las arredrar, porque se las quebrarian, e dende entonçes no pudieron alcançar los trabucos a echar la farina en el castillo”.